

# Gabriel Araceli como Pablos de Segovia. Ecos del *Buscón* en *Trafalgar*

Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo

Más de una vez la crítica galdosiana ha desempolvado un texto de 1901 en el que el escritor canario señalaba, a medio camino entre la constatación y el deseo, la forma picaresca y la tradición cervantina como elementos del arte narrativo español del XIX <sup>(1)</sup>. Pero también más de una vez ha sido olvidado algo sustancial que D. Benito escribía a continuación: "nuestro arte de la naturalidad, con su feliz concierto entre lo serio y lo cómico, responde mejor que el francés a la verdad humana; que las crudezas descriptivas pierden toda repugnancia *bajo la máscara burlesca empleada por Quevedo(...)*" <sup>(2)</sup>. En esta perspectiva queremos situarnos al postular el **Buscón** de Quevedo como fuente directa de **Trafalgar**, la primera entrega de los **Episodios Nacionales** galdosianos.

La simple lectura del relato deja claro que **Trafalgar** no es una novela picaresca, y más claro aún que Gabriel Araceli, su narrador y protagonista, no es un pícaro; pero uno y otro, relato y narrador, presentan rasgos que provienen de este género <sup>(3)</sup>. La narración autobiográfica del Araceli viejo y su tono familiar, con frecuentes apelaciones al lector, así como los orígenes humildes, y hasta socialmente marginales, del héroe; el medio hostil en que se desarrolla su infancia, e incluso (si contemplamos toda la Primera Serie) su carácter de *mozo de muchos amos*, son aspectos que, sumados, difícilmente dejan lugar a la duda <sup>(4)</sup>.

Yendo a lo menudo, se hace cuesta arriba dejar de pensar en el **Lazarillo** ante la madre de Araceli: "Desde que quedó viuda, se mantenía lavando y componiendo la ropa de algunos marineros" <sup>(5)</sup>. O ante el Gabriel niño que se escapa "deseoso de buscar fortuna" (I, 76). O ante el narrador que proyecta sus reflexiones al hilo de los sucedidos: "Y aunque yo era entonces un chiquillo, recuerdo que pensé lo siguiente(...)" (XIII, 197) <sup>(6)</sup>. O aun ante el Araceli que abandona a sus amos al final de la novela (XVII, 237), y quizá incluso ante el protagonista desvanecido en la playa: "Algunos hombres estaban en derredor mío, observándome con interés. Lo primero que oí fue: "¡Pobrecito...! Ya vuelve en sí" (XVI, 222) <sup>(7)</sup>.

Algo más. La expresión "entre agonías y esperanzas" (XII, 182) recuerda muy de cerca la reflexión de Guzmán (en un momento crucial de esta novela, no se olvide): "Hallábame entre miedos y esperanzas, el despeñadero a los ojos y lobos a las espaldas" (8). La orfandad de Gabriel Araceli puede porvenir de casi cualquiera de las novelas picarescas, así como los sentimientos del protagonista ante la pérdida de la madre, que remiten al llamado *despertar del pícaro*, motivo estructural obligado ya en el *Lazarillo*. Escribe Gabriel: "Mi espíritu no había conocido aún ninguna emoción fuerte y verdaderamente honda, hasta que la pérdida de mi madre me presentó a la vida humana bajo un aspecto muy distinto del que hasta entonces había tenido para mí. Por eso la impresión sentida no se ha borrado nunca de mi alma" (I, 76).

Pero si hay una novela picaresca que influya en *Trafalgar*, ésta es la de Quevedo, el *Buscón*. Digamos, de paso, que el conocimiento que Galdós tiene de D. Francisco es extenso y profundo. Lo muestran bien a las claras no pocas de sus obras, desde escritos juveniles como *Un viaje redondo* (1861), hasta alguno de los últimos *Episodios* como *Espada sin rey* (1907-1908, quinta serie), pasando por varias de sus novelas contemporáneas, así *La Fontana de Oro* (1867-1868), *El Amigo Manso* (1882), *El doctor Centeno* (1883) o *Angel Guerra* (1890-1891), y por otros *Episodios*: *El 19 de marzo y el 2 de mayo* (1873, primera serie), *El Grande Oriente* (1876), *El terror de 1824* (1877, segunda serie, como el anterior) y *Vergara* (1899, tercera serie) (9).

El *Buscón*, decíamos. Ya en los primeros párrafos de *Trafalgar*, esto escribe Araceli: "doy principio, pues, a mi historia, como Pablos, el buscón de Segovia: afortunadamente Dios ha querido que en esto sólo nos parezcamos" (I, 71). Y lo cierto es que la crítica ha tomado al pie de la letra la afirmación del personaje, y no ha indagado, que nosotros sepamos, en el asunto (10).

En buena coherencia narrativa, resulta perfectamente razonable que Gabriel Araceli se aleje de Pablos de Segovia. ¿Quién no haría otro tanto? ¡Pues no ha de haber diferencia entre tan honrado y digno patriota y semejante delincuente! Pero debajo el orgullo de Araceli están las lecturas de Galdós. Veamos. Echemos a un lado algunas referencias anteriores, que podrían provenir de otras novelas picarescas (y que también están presentes en el *Buscón*, no se olvide): los orígenes del protagonista, el medio en el que vive su infancia, o el ser mozo de muchos amos. Algo más sobre su parentela: "Mi madre debió de padecer mucho con las atrocidades de su hermano, y esto, unido al trabajo(...)" (I, 75) (11). El hermano referido es, pues, un tío del personaje, que reúne varios rasgos presentes en Alonso Ramplón, tío de Pablos: es un borracho ("venía a casa borracho como una cuba", I, 75), del que guardará mal recuerdo ("No puedo recordar a mi tío sin espanto", I, 75), y del que huirá (I, 76) (12). Antes aún, Araceli se ha distanciado de los que cuentan su vida encareciendo su ascendencia siempre hidalga, "si no se dicen descendientes del mismo emperador de Trapisonda" (I, 71) (13). A ello habrá que añadir, después de la huída de Gabrielillo, su entrada como paje de D. Alonso Gutiérrez de Cisniega (14), y el tipo de relación que entabla con Rosita, la niña de la casa: "Como niños ambos, aunque de distinta condición, pronto nos tratamos con la confianza propia de la edad, y mi mayor dicha consistía en jugar con ella, sufriendo todas sus impertinencias, que eran muchas, pues en nuestros juegos nunca se

confundían las clases: ella era siempre señorita, y yo siempre criado; así es que yo llevaba la peor parte, y si había golpes, no es preciso indicar aquí quién los recibía" (V, 106-107) <sup>(15)</sup>.

Algunas otras situaciones vividas por el héroe de **Trafalgar** parecen ser un calco más o menos nítido de los correspondientes al buscón segoviano. Así, el pasaje del parador de Conil, cuando Araceli acompaña a D. Alonso y Marcial en su escapada -"A los señores les dieron lo que había y a Marcial y a mí mismo lo que sobraba, que no era mucho" (VII, 123)-, recuerda probablemente el episodio de la venta de Viveros, en el que Pablos y otro criado esperan que queden algunas sobras para cenar, después de la broma pesada de los rufianes <sup>(16)</sup>. La célebre "batalla nabal" quevediana nos viene a las mientes cuando Gabriel vuelve a Cádiz y se presenta "regenerado" ante las vendedoras de la plaza de San Juan de Dios: "Las más no se acordaban de mí, pero algunas me recibieron con injurias, recordando las proezas de mi niñez y haciendo comentarios tan chistosos sobre mi nuevo empaque y la gravedad de mi persona, que tuve que alejarme a toda prisa, no sin que lastimaran mi decoro algunas cáscaras de frutas lanzadas contra mi traje nuevo" (VIII, 131) <sup>(17)</sup>. En este mismo regreso a Cádiz, Araceli, como lo hizo Pablos al volver a Segovia, preguntará por su tío: "Preguntéles por mi tío, mas no me dieron noticia alguna de su señoría" (VIII, 131) <sup>(18)</sup>. Finalmente, las tres veces que el narrador-protagonista de **Trafalgar** siente vergüenza ante diversos hechos, nos hace pensar en las muchas ocasiones en que Pablos tiene la misma sensación <sup>(19)</sup>.

Más aún: el *escritor* Gabriel Araceli se ve influido varias veces por el *escritor* Pablos de Segovia. En esta línea cabe considerar expresiones o palabras como *batahola*, término quevediano si los hay (IV, 95) <sup>(20)</sup>; *¿qué diré de...?* <sup>(21)</sup> y hasta frases que se asemejan no sólo por la sintaxis, sino por cumplir esa función socorrida, en el intercambio comunicativo, de constituir algo así como el tema de actualidad: "Hablaron luego del tema ordinario en aquellos días: de si salía o no salía la escuadra" (VIII, 137) <sup>(22)</sup>. Y si se nos permite apurar la licencia, hay que observar que Araceli ha leído incluso a D. Francisco de Quevedo: "(...)iel entusiasmo de la ancianidad convierte a los viejos en niños, renovando las travesuras de la cuna al borde mismo del sepulcro!" (IV, 104) <sup>(23)</sup>.

No acaban en el protagonista las semejanzas que pueden advertirse. Diversas situaciones o incidencias, ajenas estrictamente a Gabriel Araceli, proceden quizá directas de la cantera quevediana. "La escualidad del rocín" (VII, 122) que arrastraba una calesa trae a nuestra memoria el hiperbólico "rocín esprimido" que montará Pablos rey de los gallos <sup>(24)</sup>. El rosario que reza D. Alonso recuerda, a cualquier mediano lector de Quevedo, la frecuentísima imagen de la hipocresía que dan las (y los) que llevan el rosario como reclamo de su (falsa) devoción religiosa <sup>(25)</sup>. Las quejas del marinero, aun con enfoque bien diferente, suenan cercanas a las del estrambótico soldado del **Buscón**. Dirá el de **Trafalgar**: "No quiero más batallas en la mar. El Rey paga mal, y después, si queda uno cojo o baldado, le dan las buenas noches, y si te he visto no me acuerdo. Parece mentira que el Rey trate tan mal a los que le sirven (...) Lo dicho: no quiero servir al Rey" (XVI, 223-224) <sup>(26)</sup>. De estirpe quevediana parecen también los soldados que se hacen el colete: "Yo los vi puestos en fila unos tras otros, arreglando cada cual el

coletos del que tenía delante, medio ingenioso que remata la operación en poco tiempo" (IX, 148) <sup>(27)</sup>.

Sin embargo, es en los rasgos grotescos o caricaturescos de algunos personajes donde la huella de Quevedo se revela más firme: en ellos Galdós sí utiliza esa "máscara burlesca" que le proporciona el escritor barroco <sup>(28)</sup>. Es el caso de Marcial, que tenía "la cara garabateada por multitud de chirlos en todas direcciones" (III, 88) <sup>(29)</sup>. Es el caso de Doña Flora, que reúne bastantes rasgos fijos de Quevedo en la caracterización de las mujeres, singularmente de viejas y dueñas: cuenta una edad avanzada, desea aparentar juventud, usa afeites, quiere disimular defectos físicos y lucir sus "encantos", es chismosa. Leamos: "Doña Flora de Cisniega era una vieja que se empeñaba en permanecer joven: tenía más de cincuenta años; pero ponía en práctica todos los artificios imaginables para engañar al mundo, aparentando la mitad de aquella cifra aterradora(...) Enumerar los rizos, moñas, lazos, trapos, adobos, bermellones, aguas y demás extraños cuerpos que concurrían a la grande obra de su monumental restauración, fatigaría la más diestra fantasía(...) Respecto a su físico, lo más presente que tengo es el conjunto de su rostro, en que parecían haber puesto su rosicler todos los pinceles de las Academias presentes y pretéritas. También recuerdo que al hablar hacía con los labios un mohín, un repliegue, un mimo, cuyo objeto era, o chicar con gracia la descomunal boca, o tapar el estrago de la dentadura, de cuyas filas desertaban todos los años un par de dientes(...) Vestía con lujo, y en su peinado se gastaban los polvos por almudes, y como no tenía malas carnes, a juzgar por lo que pregonzaba el ancho escote y por lo que dejaban transparentar las gasas, todo su empeño consistía en lucir aquellas partes menos sensibles a la injuriosa acción del tiempo, para cuyo objeto tenía un arte maravilloso(...) Como no tenía hijos, ocupaban su vida los chismes de los vecinos, traídos y llevados en pequeño círculo por dos o tres cotorrones como ella" (VIII, 132-133) <sup>(30)</sup>.

Y es también el caso del viejo Malespina, al que la crítica ha relacionado con el barón de Münschhausen <sup>(31)</sup>. No discutiremos el influjo, pero cremos que a éste debe agregarse el de los personajes estrafalarios del libro II del **Buscón**. La comunidad de rasgos, caracteres y situaciones entre esta parte de la novela quevediana y los pasajes de **Trafalgar** consagrados a Malespina nos parece indiscutible. Examinémosla con algún detalle:

-Retrato caricaturesco e hiperbólico: "Era un señor muy serio y estirado, con chupa de treinta colores, muchos colgajos en el reloj, gran coletos y una nariz muy larga y afilada, con la cual parecía olfatear a las personas que les sostenían la conversación" (V, 111) <sup>(32)</sup>.

-Charlatán, fanfarrón, mentiroso. Provoca fatiga en los que le soportan. Sus afirmaciones son juzgadas por Araceli como disparates. "Hablabla por los codos y no dejaba meter baza a los demás" (V, 111); "muy charlatán (...) me pareció el más gracioso charlatán que he oído en mi vida" (VII, 123); "no ponía freno a su voluble lengua" (XV, 209); "ni por esas cerró el pico" (XV, 212); "un rematado fanfarrón" (VII, 123); "mi amo, cansado ya de tanto mentir" (VII, 127); "contesté a ver si se callaba, pues

ni tenía humor de oírle" (XV, 212); "por todo el camino siguió espetándonos sus grandes paparruchas" (VII, 127); "tanto disparate" (VII, 129) <sup>(33)</sup>.

-Se jacta, mintiendo nuevamente, de sus éxitos como militar y de las heridas recibidas en la guerra (VII, 124-125, y XV, 208) <sup>(34)</sup>.

-Encarece, mintiendo nuevamente, sus amistades: "Todos los días comía con Pitt, con Burke, con lord North, con el general Cornwallis y otros personajes importantes" (VII, 125-126) <sup>(35)</sup>.

-Es protagonista de situaciones ridículas: "me suplicaron que les mostrase cómo era una corrida de toros y tuve que capear, picar y matar una silla" (VII, 126) <sup>(36)</sup>.

-Es autor de inventos y proyectos ridículos y peregrinos, a veces completamente alejados de las posibilidades reales de ejecución: un específico para conservar la pescadilla, cañones de a trescientos... "(...)creo que podré realizar mi pensamiento. Ya le mostraré a usted los cálculos que tengo hechos, no sólo para aumentar hasta un extremo fabuloso el calibre de las piezas de artillería, sino para construir placas de resistencia que defiendan los barcos y castillos" (VII, 127). "Pues sepa usted que aquí traigo en la cabeza un proyecto grandioso, y tal que si algún día llega a ser realidad, no volverán a ocurrir desastres como éste del veintiuno" (XV, 210) <sup>(37)</sup>.

De entre tantas citas -el lector sabrá disculparnos-, es posible que no todas tengan la misma validez en lo que concierne a nuestros propósitos, pero examinado todo lo anterior, creemos estar en situación de completar la afirmación, por lo demás atinada, de D. José F. Montesinos: "No consigo ver en ninguno de estos volúmenes de la Primera Serie de los **Episodios** huellas marcadas de esos mayores de Galdós, cuya enseñanza tan cerca tenía, si no es Cervantes. Podría decirse que el novelista escribe estos diez tomos con la lectura del **Quijote** muy fresca en la memoria" <sup>(38)</sup>. No más fresca, sin duda, que la del **Buscón** quevediano cuando iniciaba con **Trafalgar** los que pronto serían famosos **Episodios Nacionales**.

## NOTAS

(1) Se trata de "Leopoldo Alas ("Clarín")", recogido en B. Pérez Galdós, **Ensayos de crítica literaria**, ed. L. Bonet, Península, Barcelona, 1972, págs. 211-212

(2) **Op. cit.**, pág. 216. El subrayado es nuestro.

(3) No puedo entrar aquí en disputa acerca del asunto. Vea el lector: J. Casaldueiro, **Vida y obra de Galdós**, Gredos, Madrid, 1961, 2 ed., págs. 50-51 H. Hinterhäuser, **Los "Episodios Nacionales" de Benito Pérez Galdós**, Gredos, Madrid, 1963, págs. 289-294; A. Regalado García, **Benito Pérez Galdós y la novela histórica española. 1868-1912**, Insula, Madrid 1966, págs. 27-32; J. F. Montesinos, **Galdós**, I, Castalia, Madrid, 1980, 2. ed., págs. 88-89 y 106-107; R. Gullón, "Los "Episodios": la primera serie" en D. M. Rogers (ed.), **Benito Pérez Galdós**, Taurus, Madrid, 1973, págs. 379-402; G. Correa, "Galdós y la picaresca" en VV.AA., **Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos**, Madrid 1977, págs. 253-268; J. Rodríguez Puértolas, "Introducción" a su ed. de B. Pérez Galdós, **Trafalgar**, Cátedra, Madrid, 1984, 2. ed., págs. 42-44.

(4) No ignoramos que hay otras muchas facetas que alejan a la obra del género picaresco. Hasta podría suscribirse sin reparos la calificación de "antipicaresca", si atendemos a su sentido global, que le dedica J. F. Montesinos. Falta algo tan fundamental, por ejemplo, como el encanallamiento del héroe.

(5) B. Pérez Galdós, **Trafalgar**, ed. J. Rodríguez Puértolas, Cátedra, Madrid, 1984, 2. ed., cap. I, p. 74. En adelante citaremos siempre por esta edición con la simple mención de capítulos y página. Cf. **Lazarillo**: "Mi viuda madre(...) lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena" (**Lazarillo de Tormes**, ed. F. Rico, Cátedra, Madrid, 1887, pág. 15. También citado en lo sucesivo por esta edición con la sola precisión de la página).

(6) No hará falta autorizar estas dos citas. Baste recordar el peso de la *fortuna* en la obrita anónima desde el "Prólogo", y la frecuencia de pensamientos semejantes del Lázaro niño desde su "Yo, aunque bien mocho, noté aquella palabra de mi hermanico y dije entre mí: ¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!" (pág. 18).

(7) Cf. **Lazarillo**: "Y como los vecinos me hallaron vuelto en mi sentido, holgáronse mucho y dijeron: -Pues ha tornado en su acuerdo, placera a Dios no será nada" (pág. 70).

(8) Mateo Alemán, **Guzmán de Alfarache**, primera, I, 3. Citamos por **La novela picaresca española**, I ed. F. Rico, Planeta, Barcelona, 1970, 2. ed., pág. 147.

(9) Véase sobre todo M. Baquero Goyanes, "Las caricaturas literarias de Galdós" en **Perspectivismo y contraste (De Cadalso a Pérez de Ayala)**, Gredos, Madrid, 1963, págs. 43-82. No obstante, creemos que la investigación sobre las huellas de Quevedo en Galdós es un campo aún absolutamente abierto, al que el presente artículo pretende colaborar modestamente. Para las obras de Quevedo que Galdós poseía en su biblioteca, entre ellas cuatro ediciones distintas del **Buscón**, véase el clásico catálogo de H. Ch. Berkowitz, **La biblioteca de Benito Pérez Galdós**, El Museo Canario, Las Palmas de Gran Canaria, 1951, págs. 107 y 153.

(10) Hay que consignar que el estudio de las fuentes de los **Episodios Nacionales** en general, y **Trafalgar** en particular, se ha orientado más por el camino de la historia, cosa sin duda comprensible, que de la literatura. Me permitiré el lector que no me guarde una perla como ésta: "Lo que más que nada nos interesa en las páginas de **Trafalgar** es el espectáculo de aquellos almirantes y capitanes españoles, ingleses y franceses cumpliendo tesoneramente con el deber sagrado que la patria les impuso antes, durante y después del combate" (C. Vázquez Arjona, "Cotejo histórico de 5 episodios de Benito Pérez Galdós", *Revue Hispanique*, LXVIII, 154, 1926, pág. 518. *Apud* A. Regalado García, *op. cit.*, pág. 45, n. 57). Exageraciones aparte, sí se ha hablado, en relación con **Trafalgar**, del influjo de la novela histórica, de la novela por entregas y del **Quijote** cervantino.

(11) Cf. **Buscón**: "Padeció grandes trabajos recién casada(...)" (F. de Quevedo, *La vida del buscón llamado Don Pablos*, ed. F. Lázaro Carreter, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1980, 2. ed., libro I, cap. I, p. 16. Citaremos siempre por esta edición, consignando libro, capítulo y página).

(12) Cf. **Buscón**, II, IV.

(13) Recuérdese que la madre de Pablos "quiso esforzar que era descendiente de la letanía" (I, I, 16).

(14) Pablos, en situación semejante, entrará al servicio de D. Diego Coronel.

(15) Cf. **Buscón**: "En todo esto, siempre me visitaba aquel hijo de Alonso de Zúñiga, que se llamaba Don Diego, porque me quería bien naturalmente, que yo trocaba con él los peones si eran mejores los míos, dábale de lo que almorzaba y no le pedía de lo que él comía, comprábale estampas, enseñábale a luchar, jugaba con él al toro, y entreteníale siempre" (I, II, 24). Se advertirá, en este y otros fragmentos que proponemos, que Galdós no suele llegar tan lejos como Quevedo por el camino de la mordacidad o la ironía.

(16) En **Buscón**, I, IV, 51 ss.

(17) Véase **Buscón** I, II, 28-29.

(18) *Ibíd.*, II, III, 132-133: "Lleguéme a mucha gente a preguntar por Alonso Ramplón, y nadie me daba razón dél, diciendo que no le conocían".

(19) En **Trafalgar**, I, 73; VIII, 131; XVII, 237. Recuérdese que la vergüenza de Pablos, por injustificada, resulta absolutamente ostentosa.

(20) Con *batahola* o *tabaolas* de Quevedo podrían llenarse muchas líneas.

(21) **Trafalgar**: "¿Y qué diré de su canto?" (V, 107). Cf. **Buscón**: "Pues, ¿qué diré del modo de comer en casas ajenas?" (II, VI, 155); "Pues ¿qué diré del modo con que de noche nos apartamos de las luces (...)" (II, VI, 159); "¿Qué diré del mentir?" (II, VI, 160).

(22) Cf. **Buscón**, II, I, 98: "Saludéle y saludóme; preguntéle dónde iba, y después que nos pagamos las respuestas, comenzamos luego a tratar de si bajaba el turco y de las fuerzas del Rey".

(23) Las expresiones que "acercan" el nacimiento a la muerte son habituales en la poesía metafísica de Quevedo: "En el hoy y mañana y ayer, junto/ pañales y mortaja, y he quedado/ presentes sucesiones de difunto" ( 2, vv. 12-14). "Nací muriendo y he vivido ciego" ( 12, v. 111). "Nace el hombre sujeto a la Fortuna,/ y en naciendo comienza la jornada/ desde la tierna cuna/ a la tumba enlutada;/ y las más veces suele un breve paso/ distar a questo oriente de su ocaso" ( 21, vv. 11-16. Citamos por F. de Quevedo, *Poesía original completa*, ed. J. M. Blecua, Planeta, Barcelona, 1981). También en su prosa de carácter ascético: piénsese sólo en el título *La cuna y la sepultura*.

(24) En *Buscón*, I, II, 26-30.

(25) *Trafalgar*: "Estaba rezando, y movía las cuentas del rosario con mucho disimulo, porque no quería que le vieran ocupado en tan devoto ejercicio" (XIV, 206). Cf. *Buscón*: "Traía un rosario al cuello siempre, tan grande, que era más barato llevar un haz de leña a cuestras" (I, VI, 79). En no pocos lugares de la obra de Quevedo abunda esta imagen del rosario; tres más de ellas sin salir del mismo *Buscón* (I, III, 45; II, III, 126; III, VIII, 243).

(26) A pesar del tratamiento burlesco del soldado quevediano, las quejas de éste contra la corte (o sea, contra lo que hoy llamaríamos *administración* en lenguaje periodístico) no carecen de seriedad en el fondo: "No está para más(...) que es pueblo para gente ruin. Más quiero, ivoto a Cristo!, estar en un sitio, la nieve a la cinta, hecho un reloj, comiendo madera, que sufriendo las supercherías que se hacen a un hombre de bien(...) he estado yo ahí seis meses pretendiendo una bandera, tras veinte años de servicios y haber perdido mi sangre en servicio del Rey" (*Buscón*, II, III, 123-124).

(27) *¿Cómo no pensar en los caballeros chanflones de la novela de D. Francisco?: "Acabóse la hora del remedio(...) y fuéronse mirando unos a otros lo que quedaba mal parado" (III, II, 171).*

(28) Permítanos el lector remitir de nuevo a M. Baquero Goyanes, "Las caricaturas literarias de Galdós", en *Perspectivismo y contraste*, cit., págs. 43-82, quien, no obstante, pasa por alto estos casos de *Trafalgar*. De esas páginas, y en parte también de las líneas que siguen en este nuestro artículo, se deriva que J. Casaldueiro no tiene toda la razón cuando escribe que el *Quijote* "proporciona a Galdós los medios(...) para crear el perfil grotesco de gran número de personajes" (*Vida y obra de Galdós*, cit., pág. 182).

(29) Léase este pasaje del *Buscón*: "Quitóse el sombrero y mostróme el rostro; calzaba diez y seis puntos de cara, que tantos tenía en una cuchillada que le partía las narices. Tenía otros tres chirlos, que se la volvían mapa a puras líneas" (II, III, 124). O este otro: "Traía la cara de punto, porque a puros chirlos la tenía toda hilvanada" (II, IV, 137).

(30) Convendrá conmigo el lector en que no hay rasgo de este retrato que no se nutra del Quevedo burlesco. Algunos aspectos, los de la exhibición física, recuerdan a la moza de la posada (III, V, 207-208), y varios otros a la huésped y sus enseñanzas: "He aquí a la mañana amanece a mi cabecera la huésped de la casa, vieja de bien, edad de marzo -cincuenta y cinco- con su rosario grande y su cara hecha en orejón o cáscara de nuez, según estaba arada(...) Era de ver cómo enseñaba una muchacha en el taparse, lo primero enseñándole cuáles cosas había de descubrir de su cara. A la de buenos dientes, que riese siempre, hasta en los pésames; a la de buenas manos, se las enseñaba a esgrimir; a la rubia, un bamboleo de cabellos y un asomo de vendijas por el manto y la toca estremado; a buenos ojos, lindos bailes con las niñas y dormidillos, cerrándolos, y

elevaciones mirando arriba. Pues tratada en materia de afeites, cuervos entraban y les corregía las caras de manera que, al entrar en sus casas, de puro blancas no las conocían sus maridos" (**Buscón**, III, VIII, 243-244).

(31) Así lo hacen H. Hinterhäuser (**Los "Episodios Nacionales"...** pág. 307), M. Baquero Goyanes (**Perspectivismo y contraste**, pág. 77), R. Gullón ("Los Episodios...", pág. 295) y J. Rodríguez Puértolas ("Introducción", pág. 56).

(32) Algún aspecto recuerda al licenciado Cabra, la delgadez y la nariz sobre todo, con esa expresión tan cercana a ésta del **Buscón**: "una nuez tan salida, que parecía se iba a buscar de comer forzada de la necesidad" (I, III, 33)

(33) Véase, como queda apuntado, el desfile de fantoches del **Buscón**, que reúne todos estos rasgos, aunque el narrador es, en general, menos explícito en sus calificaciones. No obstante: "empezó a meter una parola tan grande" (II, I, 102); "no podía nombrar cosa a que él no hubiese hecho algún disparate" (II, II, 113); "tuve miedo a tantos versos malos" (II, II, 113); "No vi en mi vida tan gran orate" (II, I, 100), etc.

(34) Lo mismo hace el soldado del **Buscón** en II, III, 124-125. Incluso, el comienzo de la conversación de Malespina y D. Alonso, acerca de la guerra del Rosellón (VII, 124 y 127), recuerda al de Pablos y el arbitrista, sobre la guerra del turco (II, I, 98).

(35) Se trata de destacadísimos políticos ingleses del momento. Compárese con la lista de famosos escritores del sacristán-poeta del **Buscón**: "Y últimamente dijo: -'Hombre soy yo que he estado en una posada con Liñán, y he comido más de dos veces con Espinel'. Y que había estado en Madrid tan cerca de Lope de Vega como lo estaba de mí, y que había visto a don Alonso de Ercilla mil veces, y que tenía en su casa un retrato del divino Figueroa, y que había comprado los gregüescos que dejó Padilla cuando se metió fraile" (II, III, 122).

(36) Recuerdo más que evidente del episodio quevediano en el que el maestro de esgrima, a falta de espadas, y hasta de asadores, se pondrá a esgrimir con cucharones (**Buscón**, II, I, 102-106).

(37) Bien próximo todo ello al arbitrista del **Buscón** (II, I, 98-100), que resultaría largo reproducir aquí.

(38) J. F. Montesinos, **Galdós**, I, cit., pág. 105.